

—¡Ahí está ahora! —los ojos dilatados y aterrorizados de Henry Thorne miraron más allá de mí hacia la oscuridad—. ¡En la pared detrás de ti! ¡Mira!

Me volví bruscamente y miré hacia donde el ondulante reflejo del fuego hacía que las extrañas y deformes sombras se precipitaran en una danza grotesca sobre el revestimiento de madera en descomposición.

—Solo veo sombras —dije.

—¿Sólo sombras? —repitió, riendo un poco histéricamente—. Bueno, tal vez. Pero las sombras me están volviendo loco.

Llené su vaso con brandy y le hice beber.

—Estás sobrecogido —dije en mi tono más práctico— por la muerte de tu hermano y la llegada de este otro hermano, hasta ahora desconocido. Es extraño que sir James nunca antes hablara de él.

—Nunca me dijo nada hasta cerca del final —respondió Henry—. Podría haber sido un completo extraño en lugar de su medio hermano. Y ahora... Michael, ¿crees en los fantasmas?

—He incursionado en la investigación psíquica —respondí con cautela—. Pero cuéntame tu historia desde el principio. Recuerda, no sé casi nada sobre ella.

—La enfermedad de mi hermano se apoderó de él de repente —comenzó—. No padecía ningún síntoma perceptible, pero estaba muriendo lentamente. Nunca me habló de ello, pero yo sabía que su próxima disolución se apoderaba de su mente; porque a menudo me encontraba con él en el crepúsculo, balanceando su cuerpo rítmicamente de un lado a otro y murmurando entre dientes. No puedo describir su rostro en esos momentos. No mostraba miedo ni resignación; sólo una inquietante y fija ausencia de expresión.

»Aproximadamente dos semanas antes de su muerte me llamó a su habitación.

»—Supongo que estás esperando heredar la mansión cuando yo muera —dijo. Antes de que pudiera responder, prosiguió—: Es natural que lo hagas, pero lo más probable es que te sientas decepcionado. Tengo un hermano gemelo en el Tíbet a quien he mandado a llamar. Sin embargo, si no aparece dentro de los seis meses posteriores a

mi fallecimiento, podemos asumir que él también está muerto, y podrás reclamar mi título y la herencia.

»Eso es todo lo que dijo sobre el tema.

—¿Nunca volvió a sacar el tema? —pregunté.

—No —respondió Henry—, aunque pensé que tenía intención de hacerlo cuando envió a buscarme el día antes de morir. Sin embargo, me quería para algo muy diferente: me hizo jurar solemnemente que cuando él estuviera muerto no permitiría que su cuerpo fuera incinerado. No puedo imaginar qué le metió esa idea en la cabeza; porque es una tradición en nuestra familia que todos los baronets sean enterrados en la cripta debajo de la casa solariega.

»Aproximadamente un mes después de su muerte apareció su hermano, George. Estaba de pie en una de las ventanas de la biblioteca, mirando hacia el páramo. Era esa hora intemporal en la que el día acaba de morir y la noche aún no ha nacido y un crepúsculo oscuro se cierne, dando a los objetos familiares la cualidad fantástica de otro mundo. En ese momento vi una figura negra acercándose a la casa. Sus movimientos eran rígidos y espasmódico, como el de un pájaro desgarrado, pero sabía por su tamaño y contextura que debía ser un hombre envuelto en una capa larga. Mientras lo miraba, se detuvo y estiró los brazos. La capa se agitó en el viento como las correosas alas de un murciélago. Me volví con odio, y cuando miré de nuevo, él se había ido. En ese momento, mi mayordomo entró para anunciar que había llegado sir George Thorne, el nuevo baronet. Para mi horror, el hombre que trajo era el extraño del páramo.

»No dijo una palabra, simplemente me entregó sus credenciales. Mientras fingía mirar a través de ellas en la penumbra, pude sentir sus ojos negros como muertos mirándome impersonalmente desde su rostro blanco e hinchado. Le devolví sus papeles, murmurando algo sobre la esperanza de que le gustara la mansión. Luego habló, y su voz hueca y cadavérica era más terrible que su apariencia.

»—Viviré en la torre, solo —dijo—. Puedes seguir ocupando el resto de la casa, si quieres.

»Diciendo esto, se retiró. No lo he visto desde entonces.

—¡Qué! —exclamé con incredulidad—. ¿Quieres decir que ustedes dos habitan esta casa juntos y nunca se ven?

—No —respondió—. Te dije que no lo había visto, que es muy diferente. Él me ve, conoce cada uno de mis movimientos, sabe que estoy hablando contigo en este momento —se inclinó hacia mí a través de la mesa, y bajó la voz a un susurro ronco y

áspero—. Estoy convencido de que el hombre es un hechicero, o algo peor.

—Oh, vamos —comencé a protestar.

—Lo sé —interrumpió—. Los hechiceros y los de su clase se consideran una superstición gastada. Pero, ¿alguna vez te has sentado solo por la noche y te has sentido muerto, con ojos impersonales que se alimentan de la parte posterior de tu cabeza, y luego te has vuelto justo a tiempo para ver una sombra como un gran murciélago que se pierde de vista en la oscuridad circundante?

—¿Y me mandaste a buscar para que te ayudara a atrapar una sombra? —me reí.

Él se encogió de hombros.

—Espere hasta que haya estado aquí un tiempo —dijo.

Al darme cuenta de que estaba genuinamente desconcertado, traté de llevar la conversación por canales más saludables, pero vi que, mientras escuchaba cortésmente y respondía inteligentemente, su atención estaba en otra parte. Alrededor de las diez y media, le pedí que me llevara a mi habitación.

Aunque cerré y eché el pestillo a la puerta, no me preparé para ir a la cama. Algo del nerviosismo de Henry se me había adherido. Descubrí que estaba en un estado de tensión, esperando que ocurriera algo que había sido predeterminado.

No me reí de este estado de ánimo como me había reído antes para tranquilizar a Henry: sabía demasiado de las influencias psíquicas como para ignorarlo. En cambio, regresé a mi puerta y la abrí unos centímetros. Por tanto, podría recibir información más rápida de cualquier cosa que ocurra en otra parte de la casa.

En el pasillo exterior, la oscuridad era como un fluido espeso y turgente que rezumaba, pegajoso, en la habitación. Me senté a escuchar junto a la puerta abierta, pero no había ningún sonido en ninguna parte, ni siquiera los habituales gemidos de una casa vieja que se prepara para pasar la noche. El silencio fue tan intenso que comencé a temer que alguna fuerza desconocida me hubiera privado de mis facultades auditivas; entonces no oí nada, pero supe que alguien se movía por la casa. Era como si algo pasara a través de esa oscuridad pesada y lenta, haciendo que ondulara. Me deslicé en el pasillo y me arrastré hasta el comienzo de las escaleras. Desde allí pude ver vagamente el pasillo debajo de su serie de altos arcos góticos.

De repente me di cuenta de que al fondo del pasillo aparecía una luz. Se estaba volviendo cada vez más brillante, como si avanzara por el pasillo, enviando largas sombras corriendo ante ella como negros heraldos del mal. Mientras observaba, se convirtió en una linterna que llevaba una figura alta, envuelta de pies a cabeza en una

capa larga y negra que ondeaba en pliegues de cuero. Una mano sostuvo la linterna con el brazo extendido; el otro yacía sin vida sobre el pecho. Por encima de todo ello flotaba un rostro blanco e hinchado con ojos sin brillo, como un hongo enorme y malsano.

Miré silenciosamente la aparición. ¡Así que este era sir George Thorne!

Lo escuché levantar el pestillo de la puerta de la biblioteca y supe, por la desaparición de la luz, que había entrado en la habitación. Fue el clic del pestillo lo que me sacó de mi trance temporal. Silenciosamente como una sombra, me deslicé escaleras abajo hacia la biblioteca.

En el umbral me detuve. Sobre la mesa de la biblioteca estaba la linterna, pero no había ni rastro del misterioso caminante. No podía estar muy lejos, ya que había dejado su linterna. Decidí esconderme y esperar su regreso.

Estaba a punto de deslizarme detrás de un tapiz cuando un pensamiento me golpeó con la fuerza aplastante de un golpe físico: ¡la habitación de Henry Thorne estaba directamente encima! No importaba que el único medio de comunicación directo fuera la escalera por la que acababa de bajar; ¡sabía que la figura encapuchada había ido allí!

En un instante volví sobre mis pasos a toda velocidad. Mis zapatos de suela de goma no hacían ruido sobre las viejas piedras sólidas de escaleras y pasillos, y el primer sonido que hice fue cuando hice clic en el pestillo y abrí la puerta del dormitorio de Henry. Mi cabeza dio vueltas por lo que vi allí.

En el costado de la cama se alzaba una gigantesca figura negra, en cuya parte superior creí distinguir una cara hinchada y descolorida. Al notar mi entrada lanzó un grito agudo, parecido al de un roedor, y se elevó en el aire para perderse entre las sombras del techo.

Me golpeé en la frente con la palma de mi mano en un intento de disipar la niebla que envolvía mis sentidos. Había un zumbido en mi cabeza como el batir de alas pesadas. Miré hacia el techo. Había alas allí arriba. Podía oírlas agitarse. De repente, algo se lanzó hacia la chimenea y por un instante vi la silueta de un gran murciélago contra el resplandor de las brasas moribundas. Al instante siguiente había desaparecido por la chimenea.

Me volví hacia Henry, que ahora estaba despierto y me miraba.

—¿Viste la sombra? —preguntó—. ¿Estuvo aquí?

—Había un murciélago en la habitación —le respondí evasivamente, preguntándome

cuánto de mi aventura debería contarle y cuánto podría creer yo mismo con seguridad.

—¿Un murciélago? —repitió—. Quizás. Pero al principio no era un murciélago.

A la mañana siguiente fui con él a visitar a un agricultor arrendatario en su finca. El hombre tenía un buen caballo a la venta, que Henry, que es un jinete entusiasta, estaba considerando comprar. Cuando concluyó el negocio y estábamos a punto de partir, el agricultor comentó:

—Parece que anoche encontraron en el bosque al pobre chiflado que escapó hace dos semanas; a él y al niño del Maestro Dorn.

Henry miró hacia arriba con brusquedad.

—¿Encontraron? —exclamó—. ¿Cómo? ¿Quién los encontró?

—Sí —afirmó el granjero—, ambos están muertos como piedras. Aleck Smith salió a cazar ayer y tropezó en el bosque con el cuerpo del pequeño Bob Dorn. Aleck sabía que era no podía tocar el cuerpo, así que marcó bien el lugar y se dirigió al pueblo para conseguir ayuda. Solo se había alejado un poco cuando se encontró con el cuerpo del loco. Encontrar un cadáver ya era bastante malo, pero dos...

—¿Dices que el lunático mató al niño y luego se suicidó? —pregunté.

—Nosotros no lo sabemos —respondió el granjero—. El forense dice que ambos fueron asesinados.

—¿Y cómo fue eso? —consulté.

—Los dos tenían una pequeña herida en el cuello —explicó el granjero—, y cada gota de sangre había sido drenada de sus cuerpos.

—¡Horrible! ¿Quién podría haber hecho tal cosa?

—Ojalá lo supiéramos —respondió secamente mi informante—. Hoy están recorriendo el bosque para ver si pueden encontrar a la señora Williams y a la niña Evans. Ambas desaparecieron la semana pasada.

Mientras cabalgábamos de regreso a la mansión, Henry guardó un silencio taciturno. Finalmente se volvió hacia mí y me dijo:

—Bueno, ¿ahora sabes por qué te llamé?

No pretendí malinterpretar.

—¿Crees que sir George...? —comencé.

El asintió.

—Quizás no por su propia mano —dijo—, pero su cerebro es el responsable. Él... oh, no sé lo que creo, Michael. Es demasiado imposible, ¡demasiado horrible!

No le pregunté qué quería decir, porque con sus palabras se había insinuado una espantosa sospecha. ¿Qué había estado a punto de hacer anoche la criatura llamada sir George Thorne?

Esa tarde encontré una excusa para volver a visitar al granjero.

—Por cierto —dije con indiferencia—, ¿encontraron a las dos mujeres de las que me hablabas esta mañana?

—Ay —respondió—, ambas están tan muertas como los dos primeros.

—¡Qué impactante! ¿Crees que el lunático podría haber sido el asesino después de todo?

—Algunos piensan que sí —concedió sin comprometerse.

—¿Y tú?

—Oh, yo sólo soy un granjero ignorante, señor.

Probé un golpe audaz.

—Sepa que puede confiar en mí —dije, dándole una mirada significativa—. Soy un amigo del señor Henry, y también sospecho lo que usted piensa.

Me miró rápidamente y luego volvió a apartar la mirada.

—Mi viejo y yo creemos lo mismo, aunque culpamos al loco hasta que se encontraron esas heridas en el cuello —dijo en voz baja—. Si yo hubiera sido el señor Henry, habría inmovilizado a Sir James en su ataúd con una estaca de álamo en el corazón. Siempre fue un extraño; aunque no sería el único de los Thorne que no se quedaría muerto.

Caminé de regreso a la mansión con la cabeza en un estado de gran confusión.

¡Así que se decía que había vampiros, muertos vivientes, en la familia Thorne! Había empezado a sospecharlo después de oír hablar de los cuerpos sin sangre. Todo estaba

relacionado con el miedo de sir James de ser incinerado y, sin embargo, toda la teoría era demasiado extraña, demasiado terrible para ser posible.

Cuando llegué a la casa solariega, Henry leyó mis pensamientos en mi cara.

—Así que por fin me crees —comentó—. ¿Es realmente posible semejante horror, Michael? Debo saberlo definitivamente, o me volveré loco.

—Es imposible decirlo con certeza —respondí—. Hay muchos registros de vampiros en el pasado, pero hasta el presente, la Sociedad para la Investigación Psíquica nunca ha entrado en contacto con ninguna de estas criaturas. ¿Cuál es esta historia de vampiros en tu propia familia?

—En los días de la Commonwealth —respondió—, una serie de misteriosos asesinatos siguió a la muerte de sir Geoffrey Thorne. Por consejo de un místico, se abrió su ataúd y se examinó el cuerpo. Se encontró que su corazón estaba lleno de sangre fresca.

—¿Sir George conoce esta leyenda? —pregunté.

—No puede desconocerla —ante mi pregunta, todo su antiguo terror regresó, y me agarró del brazo convulsivamente—. Él sabe... ¡Él está aquí para ser cómplice de lo que era mi hermano James!

—Espera —lo interrumpí, tratando de estabilizarlo—. No estamos seguros de que exista tal cosa.

—Entonces debemos asegurarnos —interrumpió histéricamente—. Y solo hay una manera de hacerlo. ¡Debemos bajar a la cripta y asegurarnos de que el cuerpo de James esté en su ataúd!

Traté de disuadirlo, pero estaba resuelto. Además, estaba decidido a ir de inmediato. Lo acompañé con resignación mientras, vela en mano, abría la puerta de hierro y empezaba a bajar los gastados escalones de piedra que conducían a la cripta.

Los amplios arcos que sostenían el pesado techo estaban en sombras, pero las paredes y los pilares brillaban a la luz de las velas. El aire estaba húmedo y pesado con el olor a lenta descomposición. La insalubridad del lugar resultaba nauseabunda.

Henry abrió el camino a través de las filas de muertos hasta un sarcófago de piedra que estaba apartado en una esquina.

—Aquí —dijo, y se detuvo.

Juntos levantamos la losa de piedra del sarcófago; luego, con mi navaja, aflojé los

tornillos de la tapa del ataúd de madera que había debajo. Henry ahora estaba temblando tan violentamente que dejó caer varios de ellos cuando se le los entregué. Por fin pude deslizar la tapa hasta el piso enlosado de la cripta. Sin decir palabra, tomé la vela de las manos temblorosas de Henry y me incliné hacia adelante. Un sudario blanco y tenue tomó forma en el destello parpadeante. Metí mi mano e hice lo que tenía que hacer...

—Está aquí —informé un minuto después.

En efecto, el cuerpo estaba allí, pero yacía de costado, ¡y no había signos de descomposición!

Pasaron dos o tres días sin incidentes. Mientras tanto, visité una vez más al granjero y obtuve su promesa de notificarme de inmediato si se producían más desapariciones misteriosas en el campo.

Un día, Henry se acercó a mí con una pregunta extraña.

—Michael —preguntó—, ¿alguna vez has oído hablar de que un cadáver cobra vida al ser alimentado con sangre humana?

—¡Dios! —exclamé—. ¡No! ¿De dónde sacaste esa idea?

Levantó un libro antiguo hecho a mano.

—Lo encontré en la biblioteca —explicó—. Es obra de un nigromante de la Edad Media. En él se describe un experimento en el que revivió en parte un cadáver alimentándolo con la sangre de viajeros desafortunados a quienes atrajo a su torre. Finalmente, sus actividades fueron descubiertas.

No hice ningún comentario, aunque adiviné lo que tenía en mente. Después de un momento de vacilación, lo expresó con palabras:

—Si la cosa se hiciera una vez, se podría volver a hacer. ¿Podría Sir George haber venido aquí bajo las órdenes de James para...?

Estaba a punto de hacer una negación enfática cuando recordé el estado del cuerpo en la cripta. ¿Henry había encontrado la solución al extraño misterio que ya había costado cuatro vidas? ¡Pero la cosa era ridícula! Su autoridad eran los desvaríos locos de un mago medieval, y no debía acreditarse.

Y entonces sucedió algo curioso. ¡A través del espacio en blanco de la pared opuesta revoloteó la fea sombra de un inmenso murciélago! En el mismo instante, aunque no escuchamos ningún sonido real, el aire de la habitación pareció vibrar con el eco de

una risa salvaje e impía.

De repente, mi mente tomó una decisión.

—¡Ven! —exclamé—. ¡Vamos a la torre para ver a sir George!

Juntos subimos el tramo de escaleras que conducía a la habitación de la torre, desde cuyas ventanas altas y estrechas, el brillo de una linterna encendida en la noche me había hablado con frecuencia de la presencia invisible de sir George Thorne. Nuestros repetidos golpes en la robusta puerta de roble no obtuvieron respuesta.

Henry pasó junto a mí y levantó el pestillo. Para nuestra sorpresa, la pesada puerta se abrió.

La habitación estaba vacía, pero sobre una mesa estaba la antigua linterna, ardiendo. Cerramos la puerta detrás de nosotros y miramos alrededor. Salvo por la mesa con la linterna y un catre estrecho, el apartamento estaba vacío.

Al final del catre había algo negro. Lo examiné. Era un sombrero negro de ala ancha y una capa negra. Cuando los recogí, exhalaban un olor a moho. Y había algo más; a lo largo del borde de la capa había una mancha de una sustancia que endurecía el material al tacto.

Henry y yo lo miramos en silencio. Contra la tela oscura parecía óxido, pero ambos sabíamos que era algo mucho más siniestro. ¿Debíamos confrontar a sir George con eso como prueba? Pero antes de que pudiéramos decidirnos, un sonido rompió la quietud. ¡Pasos lentos y pesados en la escalera!

Buscamos desesperadamente un lugar para escondernos, porque de repente supimos que no debíamos ser encontrados con ese manto en nuestra posesión, ¡no en esa habitación! No había otra salida, ni largas cortinas detrás de las cuales deslizarse. Solo había una oportunidad: la puerta se abrió hacia adentro. Agarré a Henry del brazo y nos aplastamos contra la pared.

Entonces el pestillo hizo clic y la puerta se abrió lentamente. Oímos las pisadas rítmicas y deliberadas que se dirigían al catre y se detenían. Se oyó el susurro de la tela, y una figura alta, envuelta en el sombrero y la capa que había estado en el catre, entró dentro de nuestro rango de visión cuando se acercó a la mesa, tomó la linterna, y con un aire de trance volvió sobre sus pasos. Dimos un suspiro de alivio cuando la puerta se cerró detrás de ella; no nos había descubierto.

Dándole el tiempo justo para llegar al pie de las escaleras, busqué a tientas en la oscuridad el pestillo.

—Debemos seguirlo —le susurré a Henry—. Solo el infierno sabe adónde va o qué maldad está planeando.

Por ahora estaba convencido de que sir George Thorne estaba en el corazón del espantoso terror que se cernía sobre el campo.

Bajamos corriendo las escaleras y salimos a la noche fresca. La figura debía estar a unos pocos metros frente a nosotros, como máximo. Miramos con cautela hacia adelante. Para nuestro asombro, no había señales en ninguna dirección.

—Puede que haya entrado en la parte principal de la casa —dijo Henry.

Entramos y registramos, pero no había nada por ningún lado.

Toda esa noche la atmósfera pareció cargada con una tensión creciente, una fuerza maligna que se estaba acumulando y preparando para romperse en un clímax horrible. No pudimos hacer nada para evitarlo, porque no teníamos idea de cómo o dónde iba a golpear.

—Michael —preguntó Henry una vez—, ¿no deberíamos enviar alguna advertencia a los agricultores y aldeanos vecinos?

—¿Advertencia contra qué? —pregunté irónicamente, porque ya había pensado en eso—. ¿Contra sir George Thorne?

Guardó silencio, dándose cuenta de la imposibilidad de hacerlo. Luego salió de la habitación y regresó con una pequeña pistola.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Simplemente una pistola ordinaria —respondió—, pero la bala es de plata.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Vas a dispararle a tu medio?

—No a menos que deba hacerlo —respondió con gravedad—. Pero debemos tener algún arma para usar contra él si fuera necesario.

Después de eso el silencio cayó entre nosotros durante mucho tiempo. Y entonces, de repente, la vieja casa resonó con un furioso golpe en la puerta principal.

Escuchamos al criado ir a contestar. Luego, unos pasos se apresuraron junto a él, y un hombre desaliñado entró tambaleándose en la habitación. Era mi conocido, el granjero.

—Por el amor de Dios —jadeó—, ¡ayúdanos! La Cosa ha vuelto a estar entre nosotros, ¡y esta vez se ha llevado a la niña de mi hermano! Mi esposa y yo lo vimos yéndose con ella, y se dirigía hacia aquí.

—¿Lo viste? —pregunté—. ¿Cómo es?

—Estaba envuelto en una larga capa negra que lo hacía ondear como un gran murciélago —respondió con demasiada viveza.

Vi que el rostro de Henry se tornaba de un gris enfermizo. Pero antes de que ninguno de nosotros pudiera hablar, un nuevo sonido nos sobresaltó. En la noche sonó el grito asustado de una niña.

Una gran ventana detrás de nosotros se abría a un balcón de piedra. De común acuerdo la atravesamos, justo a tiempo para ver una gran figura parecida a un murciélago desaparecer en un ángulo de la casa. En un instante habíamos saltado el bajo parapeto de piedra y estábamos en plena persecución.

Cuando llegamos a la esquina de la casa vimos al monstruo cargando algo ligero sobre un hombro, corriendo bajo la sombra de la pared. De repente se lanzó a través de un débil charco de luz de luna, y se dirigió directamente hacia la Torre.

—¡Lo tenemos! —exclamó Henry, exultante—. No hay otra forma de salir de allí.

Como perros cuando su presa está a la vista, corrimos tras él, subiendo estruendosamente los empinados y estrechos escalones justo cuando la puerta en la parte superior se cerraba de golpe. Al instante arrojamos nuestro peso combinado contra ella.

Se abrió de par en par.

En el centro de la habitación la cosa negra se volvió, acorralada, para mirarnos. Cuando vio que éramos tres, dejó caer a la niña y corrió hacia la ventana. Durante un segundo se posó sobre el alféizar a la pálida luz de la luna; luego extendió sus brazos envueltos en capas como grandes alas palmeadas y saltó.

Dejando que el granjero se ocupara de la niña, nos lanzamos escaleras abajo y salimos a la noche, esperando encontrar una figura rota y aplastada al pie de la torre.

¡No había nada allí!

De repente, como si una voz me hubiera gritado órdenes al oído, supe qué hacer.

—¡A la cripta! —grité.

Nos detuvimos para recoger una linterna, y entonces nos dirigimos a la cripta. Al pasar por sus bóvedas húmedas y gélidas nuestros pasos fueron atraídos como por un imán hacia ese nuevo sarcófago en la esquina. Nos detuvimos ante él, y nuestra sangre se heló cuando vimos que el ataúd estaba abierto y su ocupante había desaparecido.

—¡Dios mío! —jadeó Henry—. No es sir George el que está ahí; es... ¿Pero dónde está sir George?

No respondí, porque no me gustaba contemplar la respuesta a esa pregunta en ese momento. Llevé a Henry conmigo a la sombra de un pilar para esperar a que lo que sabía que pronto haría su aparición.

Pronto llegó.

Oímos el sonido medido y hueco de sus pasos, como terrones de tierra cayendo sobre la tapa de un ataúd. Mi corazón latía mientras lo escuchaba: ¡el vampiro estaba regresando a su tumba!

En un segundo apareció a la vista, yendo directamente hacia el sarcófago abierto. Pero antes de llegar a su destino, volvió la cabeza y nos vio. Con un chillido agudo y penetrante, de rabia y miedo, se lanzó hacia atrás, agitando sus torpes brazos en forma de alas.

—¡Alto! —grité, en mi emoción, dirigiéndome a los muros de piedra desnuda a mi alrededor—. ¡Es un asesino, una cosa maligna!

La criatura ahora se movía entre los pilares abovedados que sostenían el techo.

—¡Si se escapa ahora nunca podremos capturarlo! —exclamé.

La cosa agitó su capa, desafiante, y se elevó varios pies en el aire. Luego, detrás de mí, se oyó estampido de un disparo. El monstruo gritó y se derrumbó sobre los sarcófagos.

Henry, arma humeante en mano, se apoyó débilmente contra la pared mientras yo me arrodillaba junto a la cosa. Mientras le quitaba el sombrero de fieltro arrugado, un rayo de mi linterna traicionó lo que la tenue luz de las velas no había podido revelar en nuestra anterior visita a la cripta: el rostro del cadáver era el rostro hinchado, parecido a un hongo, de Sir George Thorne.

Dos días después, el cuerpo de James Thorne, bajo su nombre adoptado de George Thorne, fue incinerado y sus cenizas esparcidas por los vientos del páramo. Se dio a conocer que había sido víctima de un accidente de caza; y esta ficción fue amablemente aceptada por la gente.

Henry, ahora sir Henry, aunque rara vez usa el título, ha dejado la mansión por un período indefinido. No queda allí ninguna evidencia de este espantoso suceso, salvo una bala de plata, curiosamente aplanada en la forma de un pentágono, que llevo en un anillo como recuerdo de nuestra grotesca aventura con los no muertos.